

# La espuma de los días

## Luis Cernuda entre el Chufas y el Viena

José de la Colina

Delgado, moreno, chato, de ojillos intensos, bien empacada su persona de andaluz en una casi heroica elegancia a la inglesa, salía Luis Cernuda con su soledad un tanto presuntuosa a la calle de la capital mexicana, y los mayorcitos entre los niños “refugachos”, que lo tenían por lo que de él habían oído: un señorito petulante y marica, habían tramado aquella broma de una crueldad inconsciente.

Eran los años cincuenta y él iba camino al café-horchatería Chufas de la calle de López (cuyo primer tramo hoy se llama Vía del Exilio Español), e iba fumando la pipa que le perfeccionaba la leyenda de pedertería señoritil.

Y de repente se oía aquel grito en dos tiempos lanzado como una pedrada desde cualquier parte:

¡Ey, Cernuda!

Vivamente sorprendido, giraba, miraba en torno, escudriñaba la calle que se le volvía bruscamente un laberinto de invisibles presencias agazapadas, de no vistas miradas y no oídas risitas, y fruncía el entrecejo, desconcertado como si perdiera su eje y el suelo de la realidad. ¡Nadie al sur y al norte, nadie al este y al oeste!, y, con leve sacudimiento de hombros, reiniciaba el andar, seguramente temiendo ya hecha un caos la realidad de su día. Y entonces, unos pasos más allá, el grito, ahora en otra voz:

¡Ey, Cernuda!

Volvía a girar, a mirar alrededor, a quedarse un instante detenido como en una niebla, en un mayor exilio. Y, ahora en muchas voces:

¡Ey, Cernuda!

¡Ey, Cernuda!

¡Ey, Cernuda!

Él no podía saber los rostros de los muchachos de la España refugacha que le gri-



Luis Cernuda

taban escondidos en un portal o detrás de un árbol o un farol o un automóvil, así como los gritadores ignoraban a qué gran poeta le trastornaban el día. Y él se iba ciñéndose la chaqueta como reuniendo y atando los propios fragmentos dispersos, casi triturando el caño de la pipa entre las mandíbulas, perdiéndose como uno entre tantos en la ciudad ahora del todo ajena (“Quizá mis lentos ojos no verán más el sur / de ligeros paisajes dormidos en el aire...”), como apedreado por el último grito que se alargaba burlón: ¡Cernudaaaa!, amujerándose en las aes finales, porque aquellos chicos ya algo mayorcitos habían oído que, además de señorito repipi y antipático, era homosexual (“Muchachos / Que nunca fuisteis compañeros de mi vida, Adiós / [...] / El tiempo de una vida nos separa / Infranqueable”).

Pero qué anécdotas definirían a Cernuda el no anecdótico, el de su biografía muy interior, el desterrado de una Andalucía íntima, jaspeada de vetas grises, de oros apa-

gados y meditativos, un rincón abierto del mundo ensoñado, el paraíso mental y sensual desde donde, tendido en la arena soleada, ver el mar y las nubes y los muchachos que, decía, debían caminar desnudos, bellos e inmortales.

No lo traté, pero lo vi a veces bajo espejos de dorada cornucopia en un silencioso café estilo vienés de una callecita transversal a Paseo de la Reforma: el Viena, precisamente. Solía estar ante la estrecha mesita con un espresso y acaso un pastelito de crema y hojaldre, con la pipa apagada desde hacía rato en la boca, y leyendo algún librito que yo imagino de lengua inglesa. Y cuántas veces pensé en acercarme a él para decirle mi admiración por su poesía, y, por ejemplo, aquellos versos a Mozart, su músico más alto, y también el mío:

Si alguno alguna vez te preguntase:

La música ¿qué es?

Mozart, dirías,

Es la música misma... **U**